



Mi abuela, trapecista de circo

Vanesa Martínez-León

Ilustraciones de Jesús Huguet



algar

Mi abuela

Que sí, que sí, que ya sé que todas las abuelas son especiales, pero os aseguro que la mía lo es más que ninguna.

¡Lo digo de verdad!

¿No me creéis? Os prometo que no exagero ni un pelo. Tanto es así que, siempre que tengo la oportunidad, cuento alguna anécdota de mi abuela. Cuando termino, todos se quedan con la boca abierta y tengo que decirles que la cierren para que no acaben tragándose una mosca.

El único problema es que hay tantas aventuras y son todas tan fascinantes que me cuesta elegir solo una. Así que aquí estoy para contaros la gran historia que compone la apasionante y larga vida de mi abuela.

Mi abuela se llama Casilda, Casi para los amigos. El porqué de este apelativo cariñoso lo vais a descubrir muy pronto, pero ya os adelanto que tiene que ver con la clase de vida que ha llevado.

Y es que mi abuela Casi no es una abuela normal.

Mis padres dicen que siempre me ha gustado estar con ella y que, cuando me dejaban en su casa para que me cuidase, después no quería irme. Por lo visto,



montaba un buen número lleno de llantos, mocos y pataleos cuando venían a buscarme. El paquete completo, vaya. No me sorprende, porque mi abuela es genial.

Mi primer recuerdo de ella es del día de mi cuarto cumpleaños. Yo estaba en la mesa esperando para soplar las velas de una tarta con una pinta deliciosa. Salivaba tanto que las babas estaban empezando a chorrear por la barbilla.



—Esta criatura es muy impaciente —comentó papá—. Creo que de mayor será piloto de carreras.

—Claro que no —intervino mi tío Hermenegildo—. Construirá puentes, como su tío.

—Mejor que trabaje en un banco, que está muy bien pagado —apuntó mi tío Ataúlfo.

—O que se dedique a la enseñanza, que es una profesión muy noble —señaló mi madre.

Yo miraba a unos y a otros sin terminar de entender lo que ocurría. Tenía cuatro años y mi único objetivo era soplar las velas para poder comerme la tarta.

—Ya está bien. ¡Callaos todos de una vez! —zanjó mi abuela, saliendo de la cocina—. Será lo que quiera ser. Y punto.



Y así, sin más, todos se callaron. Yo soplé la vela y me zampé un trozo enorme de tarta. Todo gracias a mi abuela.

Por aquel entonces yo no sabía que ella era una caja de sorpresas. Para mí solo era mi abuela, la que jugaba conmigo al parchís, me contaba cuentos y me preparaba bocadillos de atún siempre que se lo pedía. No podía ni imaginar cómo había sido su vida en realidad.

Y no fue hasta mucho después cuando conocí su historia, la misma que voy a compartir con vosotros.

Mi abuela, trapecista de circo

La primera de las profesiones de mi abuela fue la de trapecista de circo. Sucedió cuando ella era muy joven y las rodillas no le crujían tanto como ahora.

A mí me gusta el sonido que hacen cuando camina y los huesos cantan «cru, cru». Y una vez más, a cada paso, «cru, cru». Parece que tenga música incorporada, como si los pájaros que se escuchan por la mañana desde mi habitación en su casa del pueblo hubiesen anidado en sus rodillas. Pero ella no opina lo mismo.